

bilbao en el cine (59)

Piratas en acción

Alberto López Echevarrieta

El 12 de marzo de 1986 se estrenó en el cine Astoria-2, la película «El anillo de niebla», realizada por el cineasta local afincado en Madrid **Antonio Gómez Olea**. Era su primer trabajo en el Séptimo Arte como director y venía avalado por una subvención del Ministerio de Cultura y la opinión de algún crítico dijo que se trataba de un trabajo personal e insólito, lo cual es todo un halago para cualquier joven principiante.

Gómez Olea —sin ninguna vinculación con los otros Oleas de nuestra cinematografía, **Pedro** y **Miguel Angel**— nació en Bilbao el 4 de febrero de 1956 y tras estudiar tres cursos de Psicología, marchó a Roma con una beca para estudiar Cine, principalmente Dirección, Historia del Cine y Animación. Cuando regresó a Madrid hizo varios trabajos en super-8 y 16 mm. para lanzarse luego al largometraje con «El anillo de niebla».

Este filme, que cuenta con guión de **Arnoldo García del Vall**, cuenta la historia de Maitte Mendizábal y su hermana Amaya que sufren las consecuencias de la aparición sobre Neguri de una plaga de moscas «qunter» —«*simbolizan la dialéctica marxista*», dijo en su momento el realizador— capaces de acabar con la idiosincrasia burguesa de esta zona getotarra.

Posiblemente este argumento les suene a «nuevo» y es que el filme, tras un estreno más que discreto, no ha tenido especial difusión en otros medios audiovisuales y constituye toda una rareza. Por mucho que **Gómez Olea** se empeñara en vendernos la moto como «*crítica social en la relación de unos personajes con su entorno*», la

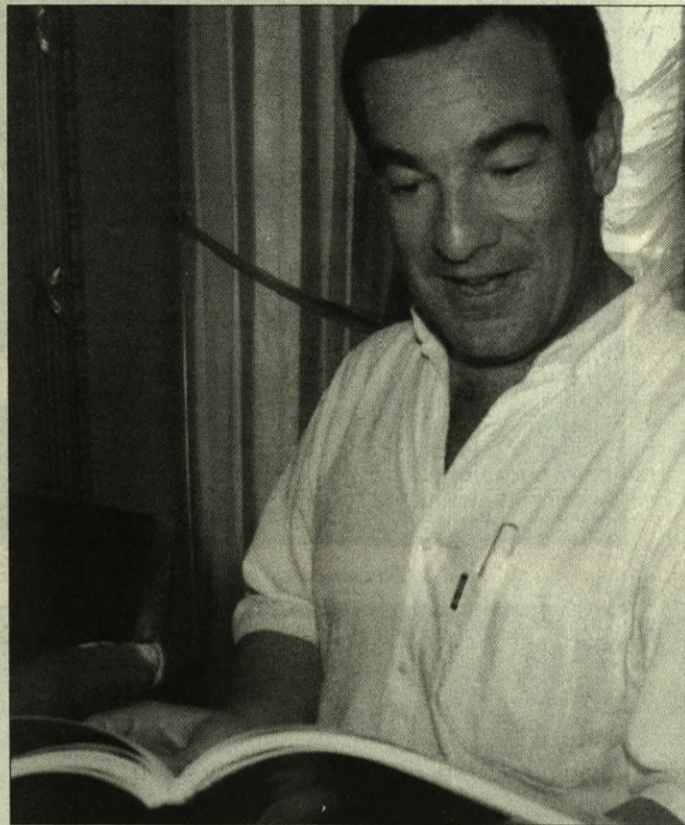
verdad es que el producto tiene una digestión a prueba de la mejor sal de frutas. «*Hace disfrutar, pero a la vez obliga a pensar*», dijo en su momento. Claro que cada uno tiene unos conceptos diferentes de lo que es el gozo y el pensamiento es libre. **Sally Sitton**, **Mercedes Sampietro** y **Beatriz Galbó** fueron sus protagonistas femeninas. Detalle: la entrada al cine se rebajó a 200 pesetas para que este producto de «élite», disfrute y ensayo estuviera al alcance de todos. Entre nosotros, hubo muchos que se lo perdieron.

Las inundaciones de Bilbao

Tras seis años sin hacer cortometrajes —el género donde se formó—, **Pedro Olea** volvió al mismo en 1985 con «**Bihotzez**»/«**De corazón**» producido por **Durango Films** (es decir, él mismo) para la Asociación de Comerciantes del Casco Viejo. Se trata de un trabajo de 25 minutos en torno a la recuperación de las Siete Calles y su entorno tras las inundaciones sufridas en 1983.

El asunto le interesó al cineasta desde el primer momento entre otras cosas porque el desastre le afectó personalmente. Nada tiene de extraño, por tanto, que apostara incluso económicamente por una producción que, como todo cortometraje, tiene difícil salida a un mercado tan viciado como es el cinematográfico.

Javier Aguirresarobe recogió una selección de las mejores imágenes rodadas por los equipos del Centro Territorial de TVE en el País Vasco que sirvieron para iniciar una película cuyo objetivo era, como he dicho, mostrar el gran trabajo de recuperación y mejora que se hizo en el Casco Viejo, tarea ésta que se recoge en la segunda parte del filme. Datos para la historia: El inolvidable



Pedro Olea «reconstruye» cinematográficamente el Casco Viejo tras las inundaciones

Josepe Zuazo trabajó como ayudante de dirección en esta película que se llevó el premio al mejor cortometraje español en el Certamen de Huesca y en su banda sonora se puede escuchar, entre otros motivos, una extraordinaria «**Canción de Bilbao**» de **Kurt Weill** y **Bertold Brecht** en las voces euskéricas de **Oskorri**. Por cierto, ¿cuándo hará justicia nuestra Villa a esta tonada que nos promociona por todo el mundo desde hace decenas de años y que aquí es prácticamente desconocida?

Piratas en el Nervión

El siguiente trabajo de **Pedro Olea** nos llegó con un título

que levantó una gran polémica. Me refiero a «**Bandera negra**», que, con guión de **Rafael Castellano** y del propio **Olea**, presentaba un caso que nos resultó en todo momento «familiar». El capitán Barrenetxea consigue a través de su hija Begoña, el mando de un barco de la naviera de don Javier. También se embarca como engrasador Esteban, enamorado de Begoña. El barco lleva contrabando de armas a un país africano. Sus ocupantes son detenidos y juzgados. Cuando Barrenetxea sale en libertad es asesinado. Su hija sospecha la traición de don Javier y ejecuta su venganza dejándolo postrado en una silla de ruedas.

Algunos aspectos del filme, los que dan pie a esta reacción en Begoña, tienen un paralelismo notable con lo que, en su tiempo, se denominó «Caso Izarra», un carguero vasco que, al mando del capitán **Peciña**, vivió una experiencia parecida. «**Bandera negra**» fue un intento de cine de aventuras al que tan aficionado es **Pedro Olea**. El título alude a la piratería que practican algunos barcos, pero también lo fue de una emblemática película de serie «B» basada en una novela de **Rafael Sabatini** y realizada en 1952 con **Louis Hayward** y **Patricia Medina** como protagonistas y que el bilbaino seguramente evocó.

«**Bandera negra**», con un presupuesto de 120 millones de pesetas —casi el doble que su anterior «**Akelarre**»— se rodó en Bilbao, Getxo, Trápaga, Gataría, y Malabo y Luda en Guinea Ecuatorial, interviniendo como principales intérpretes **Alfredo Landa**, **Imanol Arias**, **Virginia Mataix** y **José Manuel Gorospe**.

Algunas secuencias tuvieron como escenario un comedor de la Sociedad Bilbaina (el contacto de Begoña con don Javier, ella como camarera y él como gran potentado) desde cuyos ventanales se podía apreciar buena parte del Arenal.

«**Bandera negra**» se estrenó en Bilbao (Cine Gran Vía) el 9 de setiembre de 1986, pero lo que no salió a la luz pública en su momento fue el lío que se montó entre **Imanol Arias** y **Pedro Olea** a consecuencia de que **Alfredo Landa** encabezaba cartel. Los celos artísticos volvieron a aparecer como en la mejor época de las folklóricas. Lo cierto es que las relaciones entre actor y director, digámoslo de forma amable, se enfriaron a pesar de que **Imanol Arias** debutó en el cine en «**La Corea**» a las órdenes del bilbaino.

la boina parabólica

Veinte años

Lucio Araluce

COMO cada verano, se nos llena la tele de piscinas, sirenas y tritones bronceados con la mirada ausente de un muñeco de goma. Ni figuras de bronce, ni muñecas de fría porcelana, ni colosos de piedra: una completa colección de muñecos de goma (la porcelana tiene otra substancia y otra profundidad, lo mismo que la piedra y lo mismo que el bronce: en algunos asilos hay auténticos bronce de Benlliure limpiándose los mocos ante el televisor, mientras lloran la última *Sorpresa, sorpresa* o el últi-

mo romance atormentado de *Lo que necesitas es amor*).

El figurón tremendo de **Jesús Gil** y **Gil** llenará, por su parte, las noches veraniegas de Antena-3 participando en la presentación del programa *Mira quién viene esta noche*, en directo desde Marbella. En la misma cadena, hace unos meses, alguien se preguntaba, después de interrogarse sobre las más profundas e inquietantes incógnitas del hombre, si en Marbella existía la vida inteligente. Una pregunta para **Alexis Carrel** que nos responderá, desde Puerto Banús para la humanidad, la dorada **Gunilla von Bismark**.

Pero antes de todo esto, el mes pasado, se nos llenó la tele de nostalgia: nostalgia democrática. Se cumplían veinte años de la celebración de las primeras elecciones democráticas en nuestro país desde la Guerra Civil. Las principales cadenas de televisión se olvidaron por unos momentos de la riña mediática, que últimamente ha transformado el campo de las ondas en un gallinero, para hacerse eco del aniversario con distintos programas especiales. Pudimos comprobar los estragos del tiempo en las ilustres carnes de nuestros presidentes democráticos. **Baltasar Magro**, **Luis Mari-**

ñas y **Victoria Prego** nos demostraron con sus informaciones que veinte años son muchos (media vida para los ciudadanos que tenían entonces veinte años).

Entre aquellas imágenes de **Jarcha** cantando *Libertad, sin ira libertad* en la televisión autárquica y las de **Isabel Gemio** ejerciendo de diosa democrática en un canal privado han pasado veinte años y muchas cosas más, unas muy buenas, algunas regulares u otras realmente malas. Lo cierto es que si entonces nos hubiesen mostrado por un agujerito a la señora **Herrero** o a **Pepe Navarro** en plena forma,

hozando en las miserias del país, hubiésemos pensado que el esfuerzo no merecía la pena. Si ello fuese verdad —y no una interesada y mostrenca falacia—, si la televisión fuese un mero reflejo de nosotros mismos, habría que admitir que el esfuerzo de todos estos años, en efecto, fue inútil. Afortunadamente, la mayoría de los ciudadanos pensamos que el esfuerzo no fue inútil a pesar del espejo deformante en que se ha convertido la televisión. Otra cosa es que necesitemos otros veinte años para desembarazarnos de la telebasura. Y que algunos, quizás, no les de tiempo a verlo.